

MIÉRCOLES DE LA XV SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

Mateo 11,25-27

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Jesús nos revela una verdad profunda y reconfortante. En estas palabras, encontramos un mensaje de esperanza que nos invita a acercarnos a nuestro Señor con corazón abierto y humilde.

Jesús comienza expresando su gratitud al Padre celestial, quien revela los misterios del Reino a los pequeños y sencillos, en contraste con aquellos que se consideran sabios y entendidos según los estándares del mundo. Jesús nos enseña que la sabiduría auténtica no se adquiere a través de la mera erudición intelectual, sino por la gracia divina y la apertura del corazón.

Después, Jesús nos revela la relación íntima y exclusiva que tiene con el Padre. Nadie conoce plenamente al Hijo sino el Padre, y nadie conoce plenamente al Padre sino el Hijo. Esta declaración es de una profundidad insondable. En ella, Jesús nos invita a entrar en esa misma intimidad con Dios.

Jesús es único revelador del Padre y el camino hacia la verdadera sabiduría. Acerquémonos a Él con humildad y confianza, sabiendo que solo en él encontraremos la verdad y la vida eterna.

En este pasaje, también se nos recuerda la importancia de acoger el mensaje del Evangelio con un corazón abierto y dispuesto. La sabiduría divina se revela a aquellos que se reconocen como pequeños y dependientes de la gracia de Dios. Es a través de esta humildad y disposición que podemos experimentar la plenitud de la revelación divina y vivir en comunión con el Padre celestial.

Que nuestras vidas reflejen la profunda relación entre Jesús y el Padre, y que podamos ser testigos de la verdadera sabiduría que viene solo de Dios, y que los hombres buscan y no encuentran.

Encomendémonos a la intercesión de la Virgen María, la madre de Jesús, para que ella nos guíe en nuestro camino hacia la plenitud de la fe y nos ayude a acoger con alegría a Jesús en nuestras vidas.